

CAPÍTULO II: El Sueño de Dios

Antonio Machado tiene una honda preocupación religiosa que a veces se manifiesta, en las palabras de José Luis Aranguren, como “un fluctuar entre escepticismo e inconcreta creencia, entre desesperanza y esperanza” (1). Es cierto que se han observado en su obra estas fluctuaciones, o estas dudas religiosas, pero lo difícil es saber cómo las resuelve el poeta. ¿Qué es lo que triunfa, en fin: el escepticismo o la creencia; la desesperanza o la esperanza? A pesar de que, para Machado, la situación era problemática, muchos críticos la han resuelto definitivamente, al decidirse en favor del escepticismo y de la desesperanza.

Me pregunto, no obstante, si la falta de fe que estos escritores atribuyen al poeta verdaderamente es de él, o si es una proyección de los mismos críticos. Porque también hay los que creen lo contrario. José Machado, el que conocía muy bien la actitud religiosa de su hermano, vio estas fluctuaciones religiosas de un modo diferente, al afirmar que “en este constante ir y venir suyo, conseguirá el más alto don que Dios parece concederle: el no borrar de su corazón la palabra: esperanza...” (2). La esposa de José Machado, que vivió con el poeta durante la última parte de su vida, refuerza las palabras de su marido cuando declara que Machado “no practicaba la religión, pero sí fue un hombre de creencias religiosas... Su religión era personal, no la oficial” (3). Luego, el amigo del poeta, José Bergamín, también ha insistido: “Para mí, era Antonio Machado en su vida y en su obra, entera y verdaderamente, un hombre de fe” (4). Y ¿qué habría dicho el mismo poeta a los que, con tanta seguridad, niegan su fe religiosa? No es posible saber con exactitud, pero vale recordar aquí la declaración de fe que Machado ha puesto en una carta a Unamuno: “Cuando reconozco que hay otro yo, que no soy yo mismo ni es obra mía, caigo en la cuenta de que Dios existe y de que debo creer en él como en un padre” (5).

-
- (1) José Luis Aranguren, “Esperanza y desesperanza de Dios en la experiencia de la vida de Antonio Machado”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 11-12 (1949), p. 396.
 - (2) José Machado, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)* (Santiago de Chile: multigrafiado, 1958), p. 44.
 - (3) Citado por Arturo del Villar, en “Mi cuñado Antonio Machado: Charla con doña Matea Monedero, viuda de José Machado” *Estafeta literaria*, 569-570 (1975), p. 25.
 - (4) Estas palabras de José Bergamín están tomadas de su “Prólogo” al libro de José María González Ruiz, *La teología de Antonio Machado* (coeditado por Editorial Fontanella de Barcelona, y Editorial Marova de Madrid: 1975), p. 11.
 - (5) Antonio Machado, *Obras: Prosa y poesía*, 2ª Edición (Buenos Aires: Losada, 1973), p. 1,025.

Típico ejemplo de la dicotomía de opiniones en cuanto a la fe de nuestro poeta es la actitud de los críticos hacia el poema LIX, “Anoche cuando dormía...” Rodrigo A. Molina ha intentado demostrar que el poema LIX pertenece a la tradición del misticismo español (6). Antonio Sánchez Barbudo, por otra parte, sostiene que el poema LIX es “bastante excepcional” porque el espíritu místico contradice la actitud de escepticismo religioso que él cree haber descubierto en la obra del poeta (7). En las páginas que siguen, intento demostrar que los que niegan la fe de Machado no han entendido su verdadera actitud religiosa; y aunque no creo que el poema LIX pertenezca solamente a la tradición del misticismo español, espero establecer que no es excepcional, y que su contenido se relaciona estrechamente con lo que el poeta ha dicho en otras partes de su obra.

1. EL SUEÑO Y LA CONCIENCIA INTUITIVA

Sánchez Barbudo pertenece al grupo de los que ven en Machado un agnóstico, o hasta un ateo que “no tuvo nunca fe”. Por lo tanto, cuando escribe sobre el aspecto místico del poema LIX, se ve en la necesidad de defender su interpretación antirreligiosa. “Se dirá—escribe—que nos empeñamos, otra vez, en negar su fe, en secar hasta ese *arroyico* de esperanza que pudiera haber en este poema. Pero la verdad es que yo me empeño, sobre todo, en ver claro; ver lo que hay, y nada más, dejando a un lado vaguedades, mentiras y gestos benévolos. Otros ven otra cosa, es cierto; pero mucho leen mal...” Al hacer esta declaración, Sánchez Barbudo se ha fijado especialmente en los dos versos iniciales de cada estrofa, donde se repiten las palabras: “Anoche cuando dormía, soñé, ¡bendita ilusión!...” los cuales le han hecho insistir “Pero no se olvide que él *nunca olvida* que ello fue sólo ‘ilusión’: todo fue soñado... Fue una revelación, pero *en sueños*; revelación en la que él despertó y—lamentándolo—no creía” (8).

(6) Molina sostiene que al escoger las imágenes—fontana, colmena, sol—Machado recordaba las palabras de Santa Teresa. Afirma que el “tríptico metafórico... recuerda las palabras sencillas de la autora del *Libro de las moradas* y es como una alegoría de las tres vías místicas, la vía purgativa, la iluminativa y la unitiva, que señalan los escritores místicos al explicar el camino que sigue el alma para unirse con Dios”; Rodrigo A. Molina, *Variaciones sobre Antonio Machado; el hombre y su lenguaje* (Madrid: Ínsula, 1973), p. 33. Estoy de acuerdo con Molina en cuanto a la importancia del espíritu místico en este poema. Sin embargo, ni la estructura del poema—hay cuatro estrofas—ni las imágenes principales corresponden exactamente a las tres etapas de la escala mística. Es cierto que estas imágenes aparecen en la obra de Santa Teresa, pero también aparecen en la obra de muchos otros escritores, y como advierte el mismo Molina (p. 37) la imagen de las abejas tiene un sentido muy diferente en el poema de Machado. También veremos que Machado emplea las mismas imágenes en otros poemas donde no hay misticismo, ni influencia de Santa Teresa. Puede ser que, al escoger algunas de estas imágenes, Machado recordara la obra de Santa Teresa, o la de otro místico como San Juan de la Cruz, pero al comparar este poema con el resto de la obra del poeta será evidente que merece una interpretación más amplia, y más universal.

(7) Antonio Sánchez Barbudo, *Los poemas de Antonio Machado* (Barcelona: Lunero, 1969), p. 115.

(8) Sánchez Barbudo, Op. cit., p. 117.

Conviene aclarar aquí que en la obra de Machado el acto de soñar puede representar dos cosas un poco distintas. Como se demostró en el primer capítulo, Machado emplea el sueño para expresar el concepto de la irrealidad del mundo conocido por los sentidos. En otras ocasiones, sin embargo, el acto de soñar es equivalente al empleo de la intuición, al pensar poético, que representa la única posibilidad de escapar los límites de una conciencia finita. Esto es precisamente lo que el poeta quiere decir en el poema LXXXIX, cuando ensalza “el don preclaro de evocar los sueños” (OPP, p. 130). Luego, en el poema LXI, es “en sueños” donde el poeta oye la “música olvidada” de “unas pocas palabras verdaderas” (OPP, p. 129). La experiencia soñada es una “ilusión”, porque la verdad divina no puede ser verificada lógicamente, pero las intuiciones pueden penetrar el velo de los conceptos racionales para llegar a Dios. Por eso se trata de una ilusión “bendita”.

Rafael A. González ha hecho unas observaciones muy significativas al hablar del sueño de Dios en el poema LIX: “Dios invade todas sus galerías interiores cuando sueña, porque es durante el sueño cuando el alma medita con el universo. Como el hombre está hecho, según Shakespeare, de la misma materia de los sueños, es en ellos donde la realidad absoluta se hace presente y toma carne metafísica. Para Machado, poeta-filósofo, la realidad que es Dios no se puede aprehender con la razón, y por lo tanto hay que idearse otro método de conocerlo” (9). González ha entendido muy bien lo que significa el sueño en la obra de Machado, pero me parece especialmente feliz la frase: “cuando el alma medita con el universo”, porque éste parece ser precisamente el “método” que el poeta ha empleado para conocer a Dios.

El que está atento a los efectos de la “nueva conciencia” que sirve como guía del pensamiento en este libro no puede menos de observar que, en muchas ocasiones, Machado se abstrae dentro de sí mismo y luego experimenta una alteración en su estado mental. No puede ser coincidencia que en el poema LX, inmediatamente después del poema en que se habla del sueño de Dios, el poeta describe lo que pasa cuando se callan los pensamientos, y entra en un estado de conciencia intuitiva:

¿Mi corazón se ha dormido?
Colmenares de mis sueños
¿ya no labráis? Está seca
la noria del pensamiento,
los cangilones vacíos,
girando, de sombra llenos?
No, mi corazón no duerme.
Está despierto, despierto.
Ni duerme ni sueña, mira,
los claros ojos abiertos,
señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio (OPP, p. 112).

(9) Rafael A. González, “Pensamiento filosófico de Antonio Machado”, *La torre*, V, 18 (1957), pp. 144-145.

Se ha pensado que el poema LX describe solamente un vago deseo de entender el misterio de la vida, pero también puede ser la descripción de algo más definitivo. ¿Cómo debemos entender la frase “escuchar a orillas del gran silencio” si no es una referencia al acto de meditar? (10) El “gran silencio”, que no es silencioso, es el ser absoluto, la realidad espiritual, que no habla sino a los “oídos” del corazón. El hombre se queda en la orilla, porque en esta vida está confinado dentro de los límites del mundo sensible. Pero el que mira con los “claros ojos abiertos” de la conciencia intuitiva sabe que, más allá de los límites racionales, hay una realidad que los cinco sentidos no pueden verificar (11).

Y ¿qué son estas “señas lejanas” que el poeta mira dentro de su corazón? No lo dice en el poema LX, pero parece referirse a esto en los dos poemas que siguen. Como he dicho ya, en el poema LXI el poeta habla de una “verdad divina” que ha visto “en sueños”. Luego, en el poema LXII se describe una especie de revelación mística que bien puede haber ocurrido durante el acto de meditar:

Desgarrada la nube: el arco iris
brillando ya en el cielo,
y en un fanal de lluvia
y sol el campo envuelto.
Desperté. ¿Quién enturbia
los mágicos cristales de mi sueño?
Mi corazón latía
atónito y disperso... (OPP, p. 114).

La vida es sueño, porque el hombre todo lo ve por el velo de los cinco sentidos. Pero a veces, cuando sueña, o cuando medita, el hombre despierta y el velo se rasga. De este modo se llega a tener la experiencia directa de la realidad divina.

-
- (10) Si en efecto se refiere al acto de meditar cuando habla de escuchar en el silencio, esta idea aparentemente paradójica tiene una explicación lógica, porque igual que el concepto de la “soledad” que aparece en otros poemas, el “silencio” es una metáfora para referirse a la “voz” de la conciencia intuitiva. Este es un tema que aparece en varias ocasiones en la obra del poeta; por ejemplo, en el poema XXI, el “silencio” le dice al poeta que su vida no terminará, que habrá otra vida después de la muerte. Juan de Mairena también declara: “Sólo en el silencio, que es, como decía mi maestro, *el aspecto sonoro de la nada*, puede el poeta gozar plenamente del gran regalo que le hizo la divinidad, para que fuese cantor, descubridor de un mundo de armonías” (OPP, p. 579). Que Machado conoce bien la experiencia de meditar lo confirman sus palabras en el “Prólogo” a *Campos de Castilla* de 1917, cuando habla de la dificultad de penetrar el “doble espejismo”—las apariencias exteriores e interiores—que esconde la realidad absoluta: “Un hombre atento a sí mismo y procurando auscultarse ahoga la única voz que podría escuchar: la suya; pero le aturden los ruidos extraños” (OPP, p. 52). Como sabe cada persona que ha meditado, la experiencia de entrar en otro estado de conciencia no puede ser forzada; el que *procura* escuchar voces en el silencio, no oye nada. Pero el que se aísla de los sentidos—“los ruidos extraños”—y logra entrar en un estado de conciencia pura a veces experimenta, espontáneamente, ciertas sensaciones interiores—ve imágenes, oye voces, etc. Estas imágenes y estas voces tiene su origen en la conciencia interior—el “tú” con quien habla Machado a veces—que según la concepción panteísta es parte de la conciencia divina.
- (11) Recuérdense las palabras de Machado en el documento de Francisco Vega Díaz: “En el fondo soy un creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible”; “A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado”, *Papeles de Son Armadáns*, LIV (1969), p. 70.

No deja de tener importancia que Machado haya ordenado los poemas de esta manera (12). Todos, desde el LIX hasta el LXII, se relacionan con la búsqueda de la verdad divina. Y si hemos entendido bien lo que Machado quiere decir con ellos, el alma no solamente ha buscado esta verdad: cree haberla encontrado. Como el cristiano cuyas oraciones le ayudan a llegar al fin de la escala mística, o como el budista que medita hasta entrar en el éxtasis del nirvana, Machado ha escuchado “a orillas del gran silencio” hasta experimentar la unión de su alma con a conciencia divina.

2. CUATRO IMÁGENES METAFÍSICAS

Después de establecer que el sueño de Dios representa para Machado una experiencia real, podemos seguir con nuestro estudio del poema LIX. En cada estrofa de este poema, aparece una imagen central: 1) la fontana, 2) las abejas, 3) el sol y 4) Dios. Veamos la importancia de estas imágenes para el poema LIX, y para el resto de la obra de Machado.

LA FUENTE DE LA VIDA

La imagen del agua que brota se describe con frecuencia en la obra de Machado; aparece como fuente, fontana, manantial, venero, hontanar, etc. En la poesía más temprana, la fuente representa el tiempo que fluye eternamente. En la poesía de los años posteriores, ya no simboliza solamente el tiempo, sino el origen del tiempo y de la vida (13). La fuente es ahora el origen divino, la pura fuente de la vida cuya “agua viva y santa” constituye la eterna base del ser, como en los últimos versos del soneto dedicado a la memoria de Leonor:

Pero aunque fluya hacia la mar ignota,
es la vida también agua de fuente
que de claro venero, gota a gota,
o ruidoso penacho de torrente
bajo el azul, sobre la piedra brota,
y allí suena tu nombre ¡eternamente! (OPP, p, 309).

Como todo pensador profundo, Machado se preocupa por el origen perdido, tal como indican los versos que siguen: “Como yo, cerca del mar,/ río de barro salobre,/ ¿sueñas

(12) Sánchez Barbudo ha observado que el LIX es un poema tardío, porque no aparece por vez primera sino en la edición de “Poesías Completas” de 1917. Intenta descubrir el motivo que Machado puede haber tenido para insertarlo en esta parte de su obra y declara que no sabe por qué lo habrá hecho; Op. cit., p. 119.

(13) Para Juan Eduardo Cirlot, la fuente es un símbolo universal que representa el “Centro” o el “Origen” en su fase activa. También es la *fons juventutis* cuyas aguas son consideradas como el “jugo de la inmortalidad”. Por lo tanto, el agua que brota es un símbolo de la fuerza vital de todas las cosas: *A Dictionary of Symbols* (New York: Philosophical Library, 1962), pp. 107-108. Puede verse también el estudio de Hugo W. Cowes, “El motivo de la fuente en la poesía de Antonio Machado”, *Sur*, 234 (1955), pp. 52-76.

con tu manantial?” (CLXI, lxxxvii, OPP, p 286). Y a veces, cuando medita o cuando piensa poéticamente, logra un estado de “conciencia integral” cuando “no hay espejo; todo es fuente”; es entonces cuando percibe la armonía del “Gran Pleno” y siente la unión de todas las cosas en la Fuente primordial:

Borra las formas del cero,
torna a ver,
bortando de su venero,
las vivas aguas del ser (OPP, p. 337).

Es en este contexto, así, que se debe entender la imagen de la “fontana” en la primera estrofa del poema LIX:

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di: ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí? (OPP, p. 111).

Es evidente que Machado no habla de la “vía purgativa” como en la primera etapa de la escala mística, sino de la fuente de la vida. El agua—la vida—llega por una “acequia escondida” porque el hombre ha perdido la memoria de su origen en las aguas primordiales. La “nueva vida” puede ser las nuevas experiencias en esta vida, pero el hecho de que nunca ha bebido de estas aguas sugiere también la idea de una vida completamente nueva. De este modo el concepto de la “nueva vida” puede representar una especie de regeneración espiritual que el poeta experimenta en el momento de recobrar la conciencia de su origen (14).

LAS ABEJAS

La imagen de las abejas que se emplea en la segunda estrofa del poema LIX no es la que suele usarse en el misticismo español. Las abejas, normalmente, fabrican miel con las flores, pero las de Machado sacan miel y cera de los antiguos sufrimientos:

(14) En su estudio de la obra de Machado, P. Cerezo Galán identifica el agua de una fuente con el concepto de la renovación: “Al símbolo del manantial van también unidas las promesas de renacimiento y la consumación. Es, si se quiere, como un agua bautismal, que renueva la propia sustancia de la vida, al ponerse en contacto con el origen en aquella luz primera que nos ha abierto los caminos del mundo”; *Palabra en el tiempo* (Madrid: Gredos, 1975), pp. 92-93. Mircea Eliade afirma que el agua simboliza el conjunto universal de potencialidades—*fons et origo*—que precede a toda forma y a toda creación. Por eso, la inmersión en el agua significa una vuelta al estado preformal la que produce una sensación de muerte y de aniquilación; no obstante esta sensación da lugar en seguida a otra de regeneración, puesto que la inmersión intensifica la fuerza vital; *The Sacred and the Profane* (New York: Harcourt, Brace & World, 1959), p. 130.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel (OPP, p. 111).

La misma imagen de las abejas también aparece en otras poesías de Machado. Por ejemplo, en el poema LXI Machado vuelve a referirse al “eterno laborar” de las “doradas abejas de los sueños”; luego, menciona de nuevo la relación con el sufrimiento que hemos visto en el poema LIX, al hablar de la tarea creadora de los poetas:

la nueva miel labramos
con los dolores viejos,
la veste blanca y pura
pacientemente hacemos (OPP, p. 114).

Y en el poema LXXXVI, Machado escribe otra vez:

¡De cuántas flores amargas
he sacado blanca cera!
¡Oh, tiempo en que mis pesares
trabajan como abejas!

Aunque no es la que usan los místicos españoles, la imagen de las abejas es importante para el simbolismo universal. J. E. Cirlot ha observado que en la literatura de Egipto y en el Biblia, las abejas se asocian a la industria y a la actividad creadora a causa de la producción de la miel. En Grecia representan el trabajo y la obediencia y, según la enseñanza órfica, las abejas simbolizan las almas, porque aquéllas emigran de la colmena en enjambres, tal como las almas *se enjambran* de Dios. En el simbolismo cristiano de la Edad Media, las abejas representan la diligencia y la elocuencia (15).

Después de examinar los poemas citados anteriormente, es fácil ver que Machado emplea la imagen de las abejas de una manera muy semejante a la del simbolismo universal. Las abejas machadianas “laboran” con industria y diligencia. En el poema LXI y en otros donde se habla de la tarea de los poetas, también es obvio que las abejas —o la colmena—representan las actividad creadora. Pero las abejas de Machado no sólo simbolizan la creación poética; en los tres poemas citados—el LIX, el LXI y el LXXXVI—el laborar de las abejas simboliza la actividad del alma que se purifica por medio del sufrimiento. El producto simbólico de este sufrimiento es la “blanca cera” y la “dulce miel”. El color blanco sugiere la idea de pureza. La producción de la miel sugiere la idea de algo valioso que es difícil de conseguir; el color de la miel y de las doradas abejas que la producen—el oro—sugiere la idea de la perfección espiritual (16).

(15) Cirlot, Op. cit., pp. 22-23.

EL SOL

En la tercera estrofa del poema LIX, la luz del sol representa una iluminación mística que el alma experimenta después de la purificación que se describe en la estrofa anterior:

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar (OPP, p. 111).

José Machado afirma que en estos versos se encuentra la “justa expresión de un sol verdadero que hubiese logrado iluminar las galerías del alma del Poeta” (José Machado, p. 72). En el simbolismo tradicional el sol simboliza a Dios, pero también se asocia a la conciencia mística. Su luz revela la realidad de las cosas; despide luz y calor, y se relaciona con la purificación y con el sufrimiento cuyo propósito es volver transparente la corteza opaca de los sentidos para que éstos puedan percibir las verdades más altas (17).

Es evidente que el tema de la “iluminación” aparece con cierta frecuencia en la obra de Machado. Ya lo hemos visto en el poema LXII, y más adelante lo veremos en varios poemas de *Nuevas canciones* y en el *Cancionero apócrifo*. Sobre esta clase de experiencia en la vida del poema, ha escrito su amigo José Bergamín: “Es como ver visiones... Es videncia o evidencia iluminativa, y, por serlo, cegadora de la voluntad y la razón, heridas por su rayo revelador, como Pablo en el camino de Damasco... Es una experiencia viva de Dios como la de la verdad de la llama del fuego que nos ilumina y nos quema. De este modo nos dieron su testimonio poético Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, San Juan de la Cruz..., maestros místicos y teologales de nuestro Antonio Machado” (18).

DIOS

De este modo se prepara el momento de recibir la verdad más alta de todas: la experiencia de Dios, que el poeta ha descrito en la última estrofa del poema LIX:

(16) Aquí también es interesante ver la semejanza entre el pensamiento de Machado y el simbolismo universal. Cirlot declara que la miel a veces es un símbolo de la sabiduría adquirida por el sufrimiento, y porque es el producto de un proceso misterioso llega, por analogía, a simbolizar la tarea de purificación espiritual; Op. cit., p. 143. En el Capítulo IV donde se estudia el tema de la reencarnación, también menciono la posible relación entre la idea de la purificación mediante el sufrimiento, y la ley del karma.

(17) Cirlot, Op. cit., p. 305.

(18) Citado del “Prólogo” al libro de José María González Ruíz, Op. cit., p. 14.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón (OPP, p. 111).

Al escribir sobre estos versos el hermano José afirma que el poeta “siente ya en lo más íntimo de su corazón, la fusión de su alma con la del alma universal” (José Machado, p. 72). Sin duda es ésta y otras experiencias semejantes que a Machado le han hecho decir en una entrevista: “Todos llevamos un poco de Dios en el corazón” (19). Por eso también Juan de Mairena define a Dios como “el padre de todos, cuya impronta, más o menos borrosa, llevamos todos en el alma” (OPP, p. 435).

Para entender todo esto claramente, no obstante, hace falta tener en cuenta algo que muchos críticos han olvidado al hablar de este poema y de otros donde el poeta habla de la experiencia de Dios. Me refiero, desde luego, a la metafísica panteísta, según la cual Dios está presente en todo lo que existe. José Luis Abellán ayuda a aclarar este punto con su definición de Dios en la obra de Machado: “No olvidemos que este Dios de Machado no es el de la ortodoxia católica, ni siquiera el dios arisotélico, dios lógico por excelencia y tan absurdo, por tanto, como la lógica misma... El Dios de Machado es el panteísta de la metafísica de Abel Martín, que se confunde, como recordaremos, con la conciencia integral o Gran Pleno... Este Dios [es] concebido como una gran conciencia, de la cual la nuestra forma parte” (20). Pues bien, si nuestra conciencia forma parte de la conciencia divina, quiere decir que nuestra alma participa de la divinidad—“luz del alma, luz divina”—y sólo tenemos que meditar profundamente, o pensar intuitivamente, para experimentarla en el propio ser.

3. LAS TRES MÁSCARAS DEL SOLO DIOS VERDADERO

No quiero dejar este punto sin examinar otro poema que describe la experiencia de Dios, porque es un poema que algunos escritores han citado para probar que Machado no cree en Dios. Me refiero al siguiente poema de *Campos de Castilla*:

El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.
Tres dioses o tres personas
del solo Dios verdadero (CXXXVII, vi, OPP, p. 227).

-
- (19) P. Pla y Beltrán, “Mi entrevista con Antonio Machado”, *Cuadernos hispanoamericanos*, LXXIII, 1 (1954), p. 237.
(20) José Luis Abellán, “Antonio Machado, filósofo cristiano”, *La Torre*, XII, 45-46 (1964), p. 234.

Es evidente que los críticos que citan estos versos para negar la fe de nuestro poeta no han entendido su pensamiento metafísico. Sostener que no cree en Dios porque éste es solamente un producto de nuestro deseo de que exista—“el Dios que todos hacemos”—y porque nunca lo “encontraremos”, no explica lo que significa el poeta cuando habla del “solo Dios verdadero”, ni aclara lo que quiere decir cuando se refiere al “Dios que todos llevamos”. Después de lo dicho en este capítulo y en el capítulo anterior, será evidente que “el Dios que todos llevamos” es otra referencia a la chispa del fuego divino que, según la concepción panteísta, todos llevamos en el corazón. El “Dios que todos hacemos” se refiere a la tarea de perfeccionar el alma, porque perfeccionarse es, en efecto, hacerse Dios (21). José Machado ha interpretado estas palabras de una manera casi igual, al declarar que “el camino para llegar a Dios—ya lo dice el Poeta—es lograr crearlo en uno mismo, despertando al que llevamos ya en el fondo del alma” (José Machado, p. 46). Finalmente, el “Dios que todos buscamos y que nunca encontraremos” expresa la idea de que Dios no puede ser “encontrado”, porque la comprensión de su ser infinito nunca puede caber dentro de los límites de nuestra conciencia finita. El “Dios verdadero” existe para el poeta, pero siempre está detrás del velo de las tres “personas”, o tres *máscaras* (en el sentido etimológico de la palabra), que sólo nuestra intuición puede penetrar “en sueños”. Por eso, Machado habla de “tres dioses”, cuando se refiere a los tres intentos de definir la divinidad, y usa la letra mayúscula solamente cuando se refiere al “Dios” verdadero, que es escondido por las tres referencias a su Ser Absoluto.

4. EL CÍRCULO Y LA CUATERNIDAD

Queda ahora tratar un último punto, que es examinar la importancia de ciertos aspectos estructurales del poema LIX. Fernando Lázaro ha sido el primero en anotar su forma circular: “Choca en el poema su sabia arquitectura. Son tres estrofas rotatorias en torno a un centro, tres ondas concéntricas que giran alrededor de la rotunda afirmación final” (22). Rodrigo A. Molina también ha escrito sobre este punto: “Parece como si el poeta quisiera aprisionar en la última estrofa la idea que ha venido persiguiendo, asediando como en ondas concéntricas, en todas las estrofas: la idea de Dios” (23). De este modo la estructura circular refuerza la idea de llegar al Centro, que es Dios.

Pero también hay otro ángulo desde el que puede ser estudiada la estructura del poema, pensando no solamente en el movimiento circular, sino en las cuatro estrofas, y en los cuatro versos de la estrofa final donde se describe la experiencia de Dios. Para C. G. Jung, el círculo, y el número cuatro—la cuaternidad—son arquetipos que simbolizan

-
- (21) Para indicar que importa mucho para Machado la idea de perfeccionar el alma, puede citarse la frase siguiente donde habla de las personas que se aíslan del mundo físico: “Abel Martín no cree que el espíritu avance un ápice en *el camino de su perfección* ni que se adentre en lo esencial por apartamiento y eliminación del mundo sensible” (OPP, p. 321). (El énfasis es mío.) El verbo “laborar” que Machado emplea con frecuencia para describir la actividad del alma, también sugiere que el alma no es estática, sino que evoluciona hacia un estado de vida cada vez más puro.
- (22) Fernando Lázaro, “Glosa a un poema de Antonio Machado”, *Ínsula*, 119, p. 11.
- (23) Molina, Op. cit., p. 33.

el concepto de la totalidad (24). Si seguimos la teoría de Jung, podemos ver que estos elementos estructurales refuerzan el contenido del poema. Primero, el concepto de la totalidad sugerido por la imagen del círculo y por el número cuatro hace hincapié en la sensación de plenitud que siente el alma en el momento de su unión con el Gran Todo que es Dios. El concepto de la totalidad también corresponde a la concepción panteísta que afirma que Dios es todo lo que existe. Y por último, el movimiento cíclico causado por la repetición de los mismos versos en cada estrofa no sólo sugiere la idea del alma que llega a su plenitud, sino que realza la idea del alma que emana de Dios y entonces cumple la tarea de purificarse, para volver a su origen divino.

Porque ésta es la trayectoria que el poeta traza en las cuatro estrofas del poema. En la primera se describe el olvido que ocurre cuando el alma sale de la pura fuente de la vida divina. En la segunda el alma se purifica mediante la actividad creadora del sufrimiento. En la tercera el alma utiliza la pureza alcanzada en la etapa anterior para elevarse a un estado de iluminación espiritual. Luego, en la última estrofa el alma vuelve al punto de partida, en el momento de su unión—o reunión—con la Deidad escondida.

* * * * *

A pesar de lo que ha dicho Sánchez Barbudo, es evidente que el poema LIX se relaciona estrechamente con el resto de la obra de Machado; repite muchas ideas que hemos visto en otros poemas, y contiene un espíritu místico que concuerda perfectamente con la concepción panteísta que es la base de su pensamiento metafísico. Hasta ahora algunos críticos han dudado de la fe religiosa de Machado, en parte, porque no han entendido muy bien su filosofía panteísta y, luego, porque su lógica no les ha permitido ver la importancia de la conciencia intuitiva—o conciencia no-racional—que a Machado le ha ayudado a experimentar la presencia del Espíritu divino.

A los que todavía dudan de la importancia que el pensar intuitivo haya tenido para la fe de Machado, les ofrezco estas palabras de una de sus cartas a Unamuno:

Guerra a la naturaleza, éste es el mandato de Cristo, a la naturaleza en sentido material... y a la naturaleza lógica, que excluye por definición la realidad de las ideas últimas: la inmortalidad, la libertad, Dios, el fondo mismo de nuestras almas.

*Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos*

creo haber dicho en una copla; pero me refería al pensar desustanciado y frío; al pensar que se mueve entre relaciones, entre límites, entre negaciones, al pensar por conceptos vacíos que no puede probar nada de cuanto alienta en nuestro corazón. El corazón y la cabeza no se avienen, pero nosotros hemos de tomar partido. Yo me quedo con el piso de abajo (OPP, p. 1.026).

(24) C. G. Jung, *Aion*, en *Collected Works of C. G. Jung*, IX, 2 (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1973), p. 224.

Ignoro si estas palabras alentadoras le ayudaron a creer a Unamuno, pero no se puede negar que expresan claramente la actitud religiosa de nuestro poeta y filósofo. Cuando tiene que tomar partido, Machado no vacila en declarar su fe en “las ideas últimas” que encuentra en su propio corazón. En el capítulo que sigue, veremos la importancia de esta fe para el concepto de la otra vida.